

DOCUMENTACIÓN PARA EL
EXPEDIENTE DE DECLARACIÓN DE
LA ALPUJARRA COMO B.I.C. CON
CATEGORÍA DE
ZONA PATRIMONIAL



3. DESCRIPCIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES

3. DESCRIPCIÓN DE LOS VALORES PATRIMONIALES

1. Consideraciones sobre el Paisaje Cultural y sus valores patrimoniales

A la hora de definir y acotar las razones por las que una comarca de las dimensiones y características de la Alpujarra es merecedora de un reconocimiento patrimonial, es necesario detenerse en el análisis de los valores patrimoniales que posee. Éstos son los que sustentan la dimensión patrimonial de un elemento, y se basan en sus características históricas, estéticas, antropológicas, etc. Es decir los valores patrimoniales surgen cuando a nivel social se “valoriza” ciertas características de un elemento, y se consensua considerarlo a partir de entonces como patrimonio histórico o cultural. Los valores patrimoniales, por tanto, son un constructo social, un consenso en torno a qué características de un elemento se consideran valiosas. Por supuesto esto no deja de estar sujeto a modificaciones y tendencias: desde el patrimonio más clásico, de tradición italiana, en el que primaba la dimensión estética o monumental, hasta los nuevos patrimonios emergentes como el industrial, el inmaterial o el etnológico, en los que se valoran otras características de tipo tecnológico, identitario o cultural respectivamente. Dentro de estos “nuevos patrimonios” se encuentra el Paisaje Cultural, que considera el propio territorio y la huella humana sobre el mismo como un legado digno de conservación.

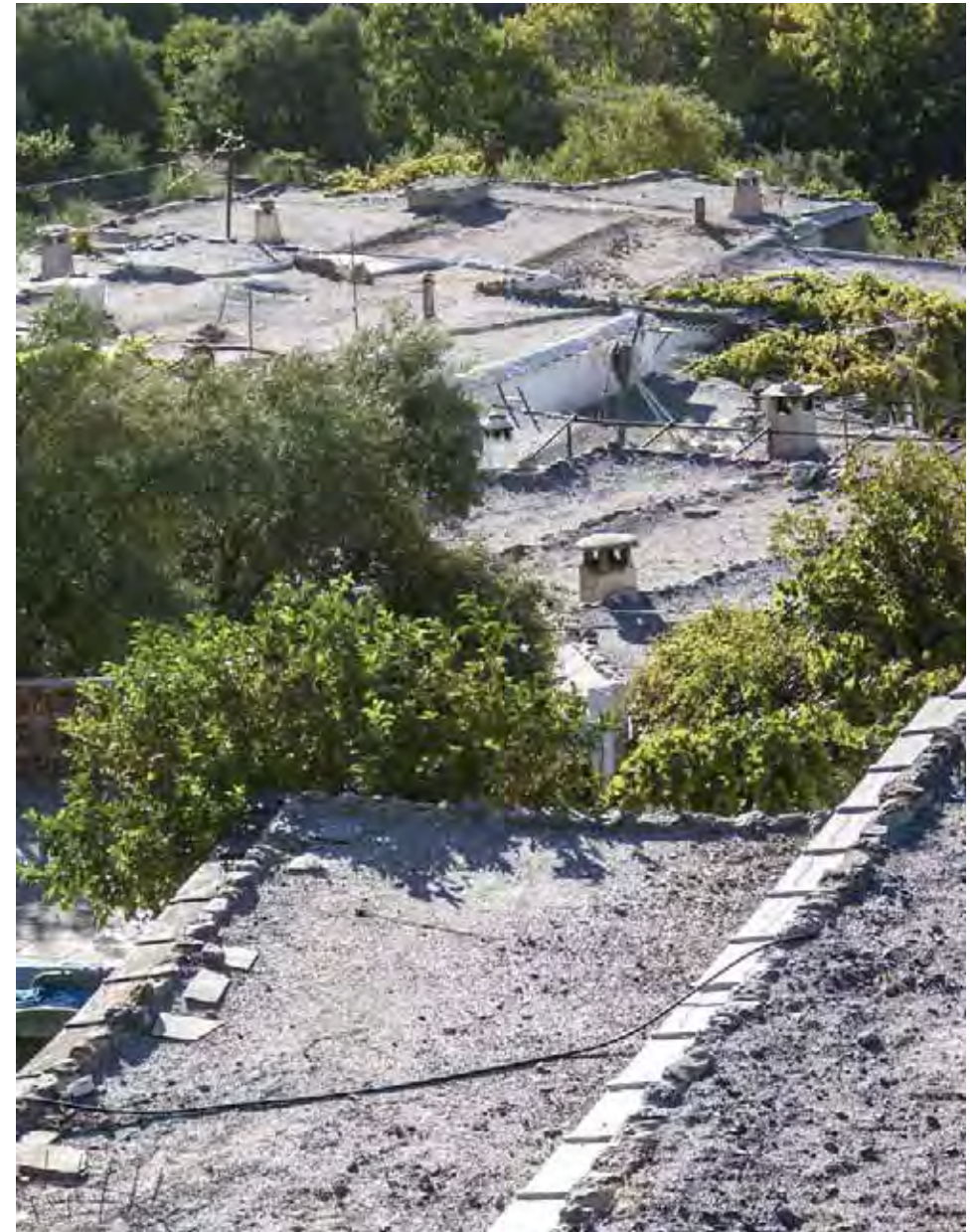
La Alpujarra puede ser el elemento más representativo de esta nueva tipología patrimonial en Andalucía. Se trata de un Paisaje Cultural fraguado durante siglos por la interacción entre el ser humano y el medio natural, y que posee una serie de elementos derivados de dicho proceso que permiten comprender las claves culturales que han regido esta relación. Desde esta perspectiva, establecer y definir los valores patrimoniales que posee la Alpujarra, requiere tener en cuenta una serie de cuestiones que permitan acotar cuáles son las características realmente interesantes en este Paisaje Cultural, y que pueden entenderse como valores en sí mismos, suficientes como para justificar su consideración como excepcional. En primer lugar, hay que tener presente que el foco de interés en la Alpujarra no es tan solo el elemento patrimonial en sí mismo, sino también el proceso que lo origina. Es decir, lo que hace de la arquitectura vernácula un valor de la Alpujarra, no es sólo que existan viviendas con una tipología singular y casi única en el mundo,

si no también el hecho de que exista un conocimiento autóctono que con el paso de los siglos ha desarrollado ese tipo de arquitectura.

Tan interesante es el elemento físico en sí mismo como el conocimiento que hay detrás de él. Por tanto, como se verá después, los valores patrimoniales de la Alpujarra no se reducen a la existencia de una serie de elementos tangibles, si no al hecho de que aún existen los mecanismos culturales que los crearon y los mantienen, y eso dota a todo el conjunto alpujarreño de una gran Autenticidad.

Por otra parte, esta dimensión procesual a la hora de abordar los valores alpujarreños, nos remite al diálogo establecido durante siglos entre comunidades locales y medio natural. Ahí es donde se encuentra la clave patrimonial de cualquier Paisaje Cultural. Si el paisaje puede ser considerado patrimonio cultural por su carácter antrópico, el valor del mismo hay que buscarlo en el cómo se ha llevado a cabo dicho proceso de antropización. Por ello, adentrarse en la búsqueda y definición de los valores patrimoniales de la Alpujarra, requiere atender a la relación Naturaleza-Cultura, y a las formas que ésta ha adoptado a lo largo del tiempo y en sucesivos contextos culturales.

La Alpujarra es el resultado de un largo proceso de co-evolución (Nogaard Richard, B. (1994): *Development Betrayed: The end of progress and a Coevolutionary revisioning of the future*. Routledge. London), que consiste en el diálogo establecido durante siglos entre las comunidades locales y el Medio Natural, de forma que ambos elementos se influyen mutuamente causando variaciones y adaptaciones en ambos sentidos. Esta manera de abordar el paisaje ofrece una versión muy distinta de los procesos de adaptación humana al nicho ecológico, que tradicionalmente se habían entendido desde el “Determinismo Ambiental”, según el cual, el ser humano estaba a merced de las influencias naturales, siendo la cultura la que únicamente se veía afectada. La co-evolución por el contrario, defiende que si bien las culturas locales se ven afectadas por las características naturales, la naturaleza también es modificada por la acción antrópica. La adaptación se da tanto en el seno de la comunidad local, como en el ecosistema, que evoluciona y muta de acuerdo a las estrategias de adaptación empleadas por sus moradores.



Las estrategias utilizadas por las comunidades locales se convierten así en una cuestión de gran interés, pues de ellas depende cómo se materializa la interacción Naturaleza-Cultura. Básicamente son los mecanismos racionales culturalmente definidos que sirven para “domesticar” los ecosistemas y hacerlos aptos para la vida humana. Estas estrategias de supervivencia tienen una incidencia muy directa sobre el propio medio natural, contribuyendo a modelar un paisaje cultural en el que por doquier destaca la acción antrópica. Un buen ejemplo de esto es la gestión del agua en la alta montaña. Como se verá después, en la Alpujarra existe todo un entramado de conocimientos y prácticas consuetudinarias, así como de acequias, partidores, albercas y presas, que tienen por objeto el aprovechamiento de las aguas del deshielo con fines agrícolas. Gracias a estas estrategias de aprovechamiento es posible la agricultura de regadío en las laderas de Sierra Nevada, y con ello el asentamiento de comunidades locales en alturas que, de otra forma, sería imposible. De esta manera, el ser humano gana la batalla a la montaña, y la convierte en un lugar apto para la vida humana, pero además la modela y consigue hacer de sus laderas verdaderos vergeles aterrizados de gran belleza.

En relación con estas estrategias históricas para domesticar el medio, existen en la Alpujarra una enorme variedad de elementos antrópicos que son el testigo material de aquéllas. Es aquí donde radica el interés de la Alpujarra como Paisaje Cultural. La huella humana se hace manifiesta en cada rincón de la sierra, en una perfecta simbiosis entre naturaleza y cultura. Cada estrategia empleada para

controlar el agua o el frío, para generar zonas de pasto, o para hacer posible el asentamiento humano, implica una influencia sobre el paisaje, bien por la introducción en el mismo de elementos construidos necesarios para dichos cometidos (núcleos urbanos, acequias, albercas, corrales, etc.), o bien introduciendo modificaciones en el propio ecosistema (sustitución de zonas de bosque por zonas de pasto, creación de nuevas zonas agrícolas, aterramiento de laderas, creación de galerías de vegetación de ribera, etc.). En cualquier caso estos elementos son los que permiten conocer las estrategias adaptativas empleadas desde antaño por los sucesivos pobladores de la Alpujarra, y han llegado a integrarse en el propio medio de forma tan sensible, que es difícil discernir donde termina lo natural y donde empieza lo humano.

Para profundizar en el valor patrimonial del paisaje cultural de la Alpujarra y sus elementos antrópicos, es necesario detenerse de forma individualizada en cada una de las grandes estrategias humanas llevadas a cabo en la Alpujarra a lo largo de la historia, y que han sido decisivas para la creación del paisaje cultural que hoy conocemos. Se entiende por estrategia, el mecanismo empleado por las comunidades locales para fines como establecer asentamientos, controlar el agua, generar producción, comunicarse, generar áreas de cultivo etc. es decir para conseguir habitar Sierra Nevada. Cada estrategia cultural se relaciona con una serie de elementos antrópicos que ilustran cómo se materializa cada estrategia, y que por ello, poseen una serie de valores patrimoniales que hacen de la Alpujarra un Paisaje Cultural con un fuerte carácter patrimonial.



2. La gestión hidráulica

Sin duda uno de los primeros logros para hacer posible el asentamiento permanente en la Alpujarra fue el control y aprovechamiento del agua. Bien sea para el consumo, o bien para el uso ganadero y agrícola, el agua es uno de los elementos básicos y necesarios para el desarrollo de las actividades humanas. Sierra Nevada es un lugar con unas características hídricas muy particulares, ya que las nevadas invernales acumulan agua en forma de nieve en la cima de los picos más elevados, desde donde desciende en primavera durante el deshielo. El manejo y control de este esquema hídrico es una de las claves antrópicas más destacadas de la Alpujarra, y ha sido fundamental a la hora de su ocupación a lo largo de la historia.

2.1. Agua para beber, agua para regar

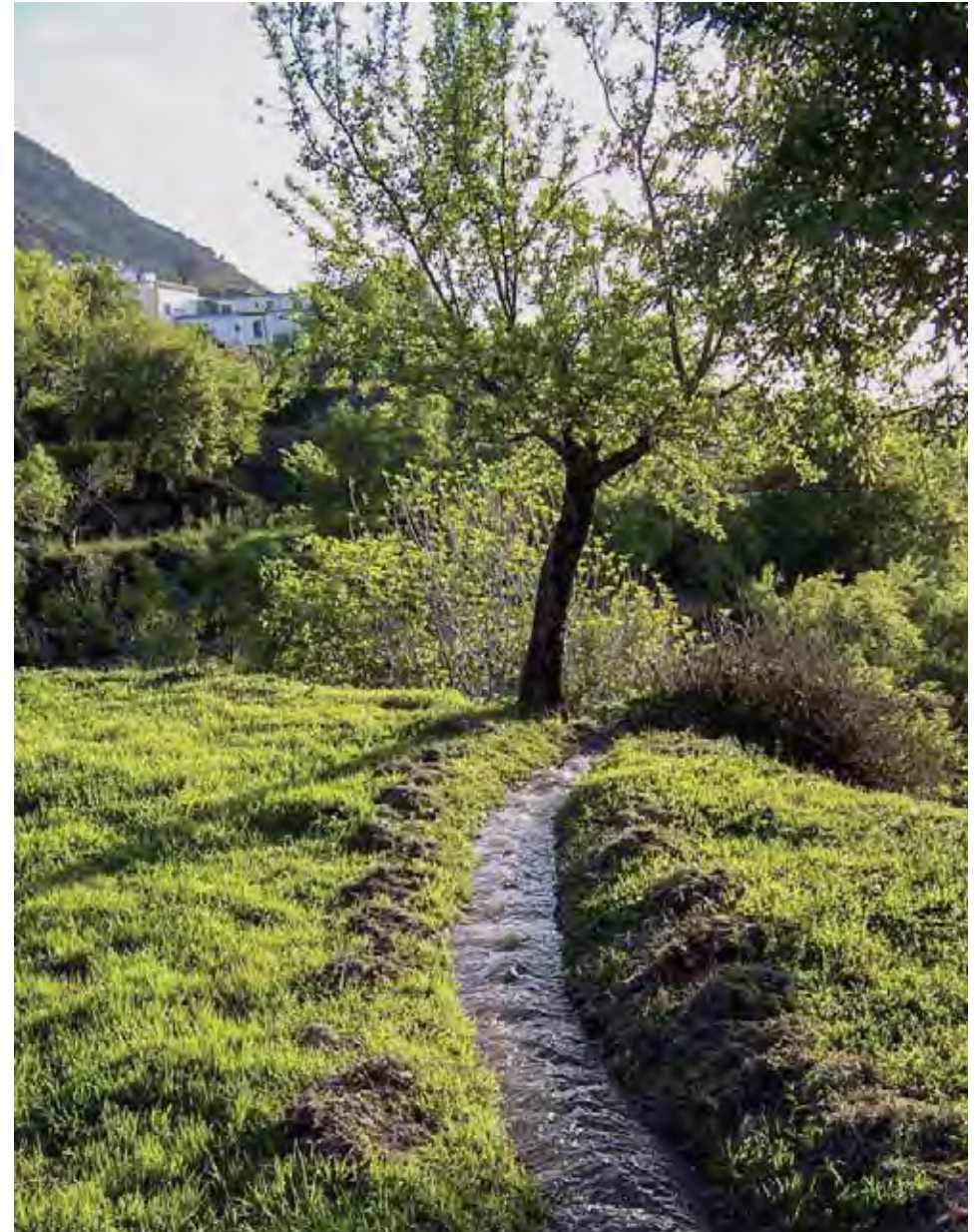
En Sierra Nevada se genera un flujo hidráulico desde las cumbres hasta los valles, que ya en época medieval comenzó a ser estudiado y controlado por las comunidades locales: el reto consistía en aprovechar al máximo el agua que desciende por las faldas de la montaña a través de barrancos y arroyos naturales, y conseguir que la máxima cantidad posible se quede en la sierra, evitando su pérdida hacia el mar. En este empeño se ideó una forma de aprovechamiento de aguas superficiales de una gran relevancia cultural y ambiental, que aún en la actualidad desempeña una importante función ecosistémica en Sierra Nevada. Se trata del “careo”, que consiste en una técnica que permite captar agua en altura para recargar acuíferos subterráneos situados a cotas inferiores, y así conseguir que el agua brote nuevamente a través de fuentes y surgencias naturales, a las que el agua careada llega a través de conducciones naturales del subsuelo. El careo consigue evitar que el agua se pierda, derivándola hacia lugares estratégicos desde los que después puede volver a usarse por el hombre; también se utiliza el careo para mantener la vegetación de determinadas zonas a las que de forma natural el agua llega con dificultad.

Los datos más antiguos sobre la técnica del careo se remontan al menos al año 1139, y su empleo alcanzó cotas máximas en los últimos siglos de la época musul-

mana, siglos XIII a XV, cuando además se desarrolló un intrincado sistema de canalización y acequias para el aprovechamiento máximo del agua (Espinar Moreno, 1987). Mediante las acequias de careo se capta agua del deshielo a gran altura, y se deriva durante el invierno y la primavera hacia zonas llanas y permeables de la montaña donde se deja que se infiltre por los “calaeros” o “simas”, con la idea de que después brote algunas semanas (incluso meses) después en cotas inferiores. También es posible que conecte con el inicio de un sistema de acequias de riego. En cualquier caso, la técnica requiere de un gran conocimiento de la montaña, especialmente para saber el curso subterráneo que seguirá el agua que se carea en un determinado lugar. Algunos datos indican que los pioneros podrían haber usado tintes en el agua para descubrir el destino de las aguas careadas.

En la actualidad, los regantes y pastores de Sierra Nevada tienen un profundo conocimiento del careo, y gracias a su mantenimiento se garantiza la conservación de grandes extensiones de vegetación natural, de espacios de cultivo, de fuentes y manantiales, etc. A menudo son los pastores los que se dedican a carear el agua durante el invierno y la primavera, ya que ellos son los que frecuentan las altitudes a las que se sitúan la mayoría de las acequias de careo (entre los 1.700 y los 2.300 metros). El careo del agua en ciertas zonas, genera nuevos pastos para el ganado, consiguiendo además incrementar la cantidad de agua para uso agrícola en las vegas situadas en ladera. La gestión de los careos está sujeta por tanto a una regulación comunitaria que controla cuándo y dónde se carean las aguas, cuándo se limpian las acequias, o cuándo se ponen a cargar, todo ello de acuerdo a conocimientos y prácticas tradicionales sin las cuales el complejo de careos no tendría sentido.

Las acequias de careo son uno de los elementos antrópicos más importantes de la Alpujarra. Con una antigüedad que oscila entre los 600 y los 900 años, esta infraestructura para aprovechar el agua, posee un valor histórico destacado. Además posee un gran valor ambiental y ecológico, ya que gracias a ellas es posible el mantenimiento de la flora y la fauna de la sierra, especialmente en zonas fuera del alcance de las escorrentías superficiales, donde sin el agua de los careos no existiría vegetación alguna. Por otra parte destaca el valor etnológico que posee, como logro de ingeniería tradicional, sujeto a unas regulaciones culturales consuetudinarias, y construidas mediante técnicas autóctonas.



En la Alpujarra existen varios centenares de acequias de careo inventariadas. Toda ellas se reparten por las laderas de Sierra Nevada, en una franja por encima de los 1500 metros de altura, a modo de “arañazos” superficiales en la montaña estratégicamente situados, cuya acción conjunta desempeña una importante función ambiental y ecológica. Se trata de una enorme obra de ingeniería hidráulica, realizada de una forma totalmente orgánica gracias al empleo de materiales autóctonos y con un escaso nivel de intervención humana. Destacan algunas especialmente interesantes como la Acequia Nueva o de los Careos de Bayárcal, que nace a 1.880 metros de altitud, donde toma el agua de una presa de tierra y piedras situada en el Barranco Anchuelo, próxima al paraje de la Mosquera. Desde allí, transporta el agua hasta el Cortijo de Platillero, en el paraje denominado El Zarzal, a 1.840 metros de altitud, donde el agua se carea para que recargue algunas fuentes situadas en el núcleo de Bayárcal, situado a unos 1250 metros de altitud. Por su parte, la Acequia del Castillejo, situada en el Barranco del Poqueira, es una de las acequias de careo más altas de la Alpujarra, ya que toma el agua a unos 2300 metros de altura y tiene un recorrido de 8 kilómetros y medio, por la falda de la montaña; en esta acequia se combinan las funciones de careo con las de riego, cuestión que es muy frecuente en la Alpujarra, y que hace aún más compleja la gestión de esta infraestructura.

Del conjunto de beneficios que procura la técnica del careo, sin duda la recarga de fuentes y manantiales es una de las principales. El abastecimiento humano es una prioridad a la hora de la gestión del agua, más importante incluso que los usos agrícolas. Por eso a la hora de valorar la importancia del careo del agua en altitud, no debe perderse de vista que, de él ha dependido la abundancia de agua para consumo humano, y con ello la supervivencia misma de las comunidades locales. La Alpujarra posee una enorme cantidad de fuentes y manantiales naturales, de los que brota agua de una excelente calidad. Gracias a estos afloramientos dispersos por toda la montaña, la vegetación de la sierra no se circunscribe a los barrancos y arroyos naturales, ya que en distintos puntos de una ladera las fuentes son capaces de mantener pequeños vergeles y asentamientos humanos. Sin embargo, las fuentes también están sujetas al funcionamiento hídrico de la sierra, por lo que cuando el deshielo se completa, las fuentes ubicadas en ladera sufren una importante reducción de su caudal. Los careos en altura, realizados en la época y en los lugares idóneos, consiguen que el caudal de las fuentes de la

Alpujarra se mantenga durante todo el verano y sean capaces de aguantar hasta la llegada de las nuevas lluvias.

Sin duda las fuentes han desempeñado un papel fundamental en la configuración del paisaje cultural de la Alpujarra, influyendo en la ubicación y la forma de los asentamientos humanos, en los trazados de las vías de comunicación, en la generación de superficie vegetal, etc. Algunas fuentes como la Fuente Escarda de Capilerilla, o la Fuente del Cerrillo de Pampaneira, son elementos de gran valor etnológico y estético, que aportan grandes ventajas ambientales al paisaje. Sus sencillas formas constructivas con materiales del propio medio, consiguen que el elemento construido se mimetice con el entorno, en una espectacular conjunción entre lo artificial y lo natural.

Con frecuencia asociados a las fuentes, los lavaderos tradicionales son elementos de un gran interés hidráulico, y de un valor social y estético importante. Hasta los años 1970-1980 el lavado de la ropa en los pueblos alpujarreños se llevaba a cabo en los lavaderos públicos. Éstos suponían una importante mejora con respecto a los años en los que el lavado se realizaba en las acequias o en el río. Cada día el lavadero recibía la visita de las mujeres del pueblo que acudían a hacer la colada, en un ambiente distendido y alegre, que llenaba de vida el lavadero y las calles colindantes.

Los lavaderos recibían el agua de alguna fuente o de alguna acequia. Poseían un circuito interno que proveía agua limpia en las distintas pilas de lavado y evacuaba el agua sucia. Su construcción de acuerdo a las tipologías y técnicas tradicionales, constaba de una nave de unos 3 x 4 metros, dentro de la cual se ubicaban unas 6 u 8 pilas, todas enfrentadas de dos en dos. Los lavaderos públicos no solo destacan por su estética, sino que son un icono de la vida de pueblo, de los usos comunitarios, y de la estrecha convivencia entre vecinos.

El aprovechamiento del agua mediante el uso de los careos, si bien es la técnica que consigue dominar el agua a mayores alturas, no es la única que se lleva a cabo por las comunidades rurales de la Alpujarra. A media ladera, las aguas que descienden durante el deshielo por los barrancos, también tienen un aprovechamiento con fines agrícolas, a través de acequias de riego que se agrupan

formando complejos sistemas de distribución del agua. Los sistemas de riego son unidades tecnológicas cuya función es captar el agua natural, almacenarla y distribuirla por las vegas de cultivo. Para ello emplean presas que captan el agua en los barrancos y ríos, derivando parte del caudal hacia uno de los márgenes del mismo donde comienza la red de distribución. Mediante piedras, ramas y troncos secos, los regantes realizan pequeños azudes en el curso del río, consiguiendo que el agua entre en las acequias que comienzan en los márgenes. Una vez que el agua entra en las acequias se conduce por un largo entramado de canales artificiales, que van dividiendo el caudal para hacerlo llegar a toda la superficie de cultivo. Estas acequias de riego, difieren de las de careo en que su función no es carear, si no regar parcelas de cultivo, aunque como se apuntaba anteriormente, hay muchas acequias de sirven tanto para el careo como para el riego.

Las acequias de riego suponen una enorme infraestructura de la que depende la agricultura alpujarreña. La mayor parte de este sistema de riego data de época islámica, cuando las primeras tribus asentadas en la Alpujarra comienzan a poner en regadío vegas de cultivo al mismo tiempo que establecen asentamientos vinculados con ellas. Previamente a la ocupación árabe, la Alpujarra conoció el paso de otras culturas, entre las que destaca la romana por haber conseguido una dominación mas duradera y compleja de la región. Si bien la romanización de la Alpujarra se dio especialmente a través del establecimiento de fortificaciones (de las que son buen ejemplo las de Órgiva, Yegen, Juviles, etc.), de la explotación minera del mercurio y del hierro (Minas de Tímar), de la construcción de puentes (en Fondales y Mecina Bombarón), e incluso del desarrollo de la agricultura de secano en las zonas bajas y llanas, como sucedió en Órgiva, el desarrollo de la agricultura de regadío vinculada a los sistemas de riego no se da hasta siglos después:

“Las primeras noticias que tenemos de la agricultura en la Alpujarra son del siglo X. Es Ahma al-Râzî quien la menciona como una sierra en donde hay muchos lugares para descansar y un gran desarrollo agrícola. Muchos de los productos que menciona solo pueden darse en un sistema de regadío: nogales, avellanos, agrios, granados e higueras”. (Trillo, 1995: 290)

Por tanto todo el complejo hidráulico basado en acequias, tanto de careo como



de riego, puede considerarse un legado de procedencia árabe. Esta cuestión se fundamenta no sólo en los datos históricos, crónicas y estudios arqueológicos; existen además otros indicios que apuntan en esta dirección. La cuestión de la organización social vinculada con estos sistemas de riego, y su forma de gestión, posee sin duda una huella árabe muy destacada, al igual que algunas cuestiones relacionadas con la concepción misma del agua (comunalidad, equidad y sostenibilidad) y su reparto.

La cantidad de acequias de riego que existen en la Alpujarra es casi incalculable. Por las faldas de Sierra Nevada, y por debajo de los 1700 metros, se encuentra toda una red de acequias de riego que abastecen los espacios de cultivo. De entre ellas destacan las acequias madres, que son las acequias principales que transportan el agua dentro de los sistemas de riego. Su importancia es tal que todo un sistema depende de su acequia madre, pues ésta es la que hace el transporte de agua desde el cauce natural hasta las cercanías del regadío. Después la acequia madre se dividirá en brazales y acequias secundarias que llevarán el agua a todos los pagos del espacio agrario. Existen algunas acequias madre que sobresalen por sus valores históricos y ambientales, y sobre todo por suponer verdaderas joyas de la infraestructura hidráulica. La Acequia Alta de Tímar y Lobras tiene una extensión de casi seis kilómetros. Cuenta con dos tramos claramente diferenciados, uno desde la toma en el Barranco de Juviles hasta el núcleo de población de Tímar (a 2.289 metros de altitud) y otro desde Tímar hasta la “Alberquilla” de Lobras. Destaca especialmente el hecho de que la acequia a lo largo de su recorrido se va conjungando con los barrancos, haciendo de ellos parte de su propio cauce, para después volver a convertirse en acequia de tierra. Otro ejemplo llamativo es el de la Acequia Alta de Pitres, con doce kilómetros de recorrido, y que sirve tanto para riego como para el careo del agua. A lo largo de su recorrido abastece numerosas albercas, y acequias secundarias, por lo que constituye una de las acequias madre más importantes de la cara sur de Sierra Nevada.

Las acequias alpujarreñas, tanto las de careo como las de riego, están construidas siguiendo unos cánones constructivos de una larga tradición. En su construcción se emplean elementos propios del entorno, que presentan unas características especialmente adecuadas para la conducción del agua. Aunque el sistema es a primera vista sencillo y poco sofisticado, resulta de una gran eficacia, y ha de-

mostrado su funcionalidad durante siglos. Las acequias se construyen excavando un canal en la tierra que, gracias a la launa, queda impermeabilizado evitando la pérdida excesiva del agua por filtración. Este canal es rematado con lajas de pizarra en aquellos puntos donde el trazado de la acequia lo requiere. Esto suele ocurrir en las curvas de las acequias, donde las lajas de pizarra se colocan en la parte exterior para contener la fuerza del agua y evitar que destroce el borde. También suelen rematarse con lajas algunos tramos del suelo de la acequia si se detecta que la filtración es alta. Asimismo, el trazado de la acequia puede requerir de la construcción de balates de apoyo, especialmente en aquellas zonas en las que el terreno es poco estable. Estos balates se construyen con roca del lugar, siguiendo la técnica de la piedra seca, es decir, sin ningún tipo de argamasa ni cemento.

Sólo con estos elementos ha sido posible construir acequias de grandes longitudes, que además demuestran un gran conocimiento a la hora de trazar su curso a través de la ladera, y respetando los niveles necesarios para que el agua discurra con facilidad, pero sin llegar a adquirir una fuerza tal que pueda desbordarla o reventarla. Por otra parte, el empleo de la launa como impermeabilizante, posibilita que exista una pequeña filtración por los bordes y el suelo de la acequia, lo cual desempeña una función ecológica muy notable, manteniendo la vegetación riparia asociada al cauce de la acequia, así como la vegetación situada en ladera por debajo de la acequia. Las ventajas de estas filtraciones controladas, han empezado a conocerse en las últimas décadas, cuando al cementar o entubar acequias en aras de un mayor aprovechamiento hidráulico, se han secado grandes extensiones forestales que se mantenían gracias a dichas filtraciones. Por ello la dinámica de entubado de acequias en la Alpujarra que comenzó a realizarse a finales del siglo XX y durante las primeras décadas del XXI, se está revirtiendo, gracias especialmente a las acciones emprendidas por la administración del Espacio Natural de Sierra Nevada. En cualquier caso, ejemplos como este demuestran la complejidad de la gestión hidráulica en la Alpujarra, y el delicado equilibrio que ha llegado a alcanzarse entre el hombre y la sierra después de siglos de relación. La consideración patrimonial de la Alpujarra se convierte en una cuestión vital para poner de manifiesto este aspecto, y garantizar la conservación de sus valores culturales y ecológicos.

Todo el sistema de acequias depende de una serie de conocimientos y prácticas

consuetudinarias que hacen posible su gestión, teniendo por tanto un importante patrimonio inmaterial asociado. Las Comunidades de Regantes son las instituciones que poseen la responsabilidad y la competencia para gestionar el agua de riego, y para mantener en buen estado las acequias. Estos colectivos entienden el agua como un bien comunal, que debe ser repartido entre todos los regantes de forma equitativa. Para ello, existen unos repartos tradicionales de aguas, que desde antaño han venido realizándose de la misma manera, y que la comunidad de regantes debe respetar. En esta labor la figura del acequero, canalero o partidor, es fundamental. Se trata de personas que conocen con todo detalle el funcionamiento de regadío, las horas de riego de cada parcela, cuándo hay que cambiar el agua de unos pagos a otros, o incluso cómo cuantificar el agua que discurre por las acequias para después repartirla de forma eficaz. Asimismo los acequeros son los encargados de controlar que los repartos de aguas con otros pueblos se respeten, y que no surjan conflictos por incumplimiento de las normas, desempeñando así una importante labor añadida de mediadores sociales.

El funcionamiento de estos sistemas de acequias está estrechamente vinculado con la época del año. Durante los veranos es cuando la necesidad de agua para los cultivos es mayor, lo que coincide con el hecho de que la escasez de agua es más severa por la falta de lluvias y por el deshielo total de las nieves de las cimas. Precisamente los careos se ponen en funcionamiento en primavera para conseguir disponibilidad de agua en estos meses estivales. Por tanto, el reparto del agua durante el verano se hace mucho más complejo y estricto, pues todos los regantes necesitan el agua de las acequias, y ésta es escasa. Para conseguir un reparto equitativo que cubra todas las necesidades, los acequeros se encargan cada día de medir el agua que corre por el río. Para ello utilizan unidades locales de medida, que pueden variar según la zona de la Alpujarra: el golpe de agua, la hora de agua o los ramales de agua, son diferentes unidades que permiten a los acequeros cuantificar el agua disponible y repartirla entre los regantes siguiendo un orden establecido desde antaño. Este cronograma a la hora de regar recibe distintas denominaciones (tanda, dula, ador, martava) según la región, aunque el más usado en tierras alpujarreñas es el de Dula. Según apuntan algunos autores el concepto de Dula parece provenir de Yemen:

“En el Yemen, el turno es llamado daula, como lo fue también en el oasis de Tou-



zeer, (actualmente en Tunisia), en la edad media. Según al-Bakri, el turno de riego -daula al saqui- fue medido por el tiempo, según el qadus (cangilón de noria) utilizado como clepsidra o reloj”. (Espinosa et al, 1989: 124)

Como medida para tener mas agua a disposición de los riegos, en la mayoría de los sistemas de riego de la Alpujarra existen infraestructuras insertas en el sistema de acequias que permiten almacenar agua durante las noches, cuando no se riega debido a la dificultad que supone la topografía accidentada de la sierra. Las albercas son unos dispositivos que a modo de pequeño pantano, permiten almacenar cierta cantidad de agua, para que pueda ser usada durante el riego del día siguiente. De esta manera se consigue disponer de una cantidad de agua complementaria, que además imprime mayor presión al agua de las acequias con lo cual el riego avanza mas rápido. Como afirman los acequeros del barranco del Poqueira:

“Todos los días para regar hay que contar el agua que va por el río, y también la que hay en la alberca. Si el río lleva un golpe de agua, y la alberca está llena, ese día tenemos dos golpes de agua para regar. Así el riego es mucho mejor porque permite que rieguen dos personas a la vez y la dula tarda la mitad de tiempo. Si no tuviéramos las albercas, el riego sería mucho peor porque sólo tendríamos el agua del río, y el río en verano viene medio seco”.

Antonio (1946). Entrevista realizada en Capileira el 14/06/2013

En este sentido las albercas desempeñan una función vital en el riego. Otorgan un carácter singular a los sistemas de riego de la Alpujarra, y suponen además elementos antrópicos que aportan grandes ventajas ecológicas y estéticas al paisaje. Existen algunos casos especialmente llamativos en la Alpujarra, como es el caso de Juviles, que cuenta con dos albercas de riego, la Alberca Altera y la Hondera; la primera se ubica a 1400 metros de altitud y la segunda a unos 1300 metros, ambas reciben el agua de la acequia del Tomadero, y permiten que se rieguen dos zonas distintas del regadío al mismo tiempo. También la conocida como Albercón del Cerro de Nieves es un elemento destacado de esta tipología. Se sitúa a media ladera del Cerro El Cerrajón por su lado meridional, en el conocido como Pago de la Yesera, en torno a los 1.220 metros de altitud. Toma el agua de la Acequia de Nieves, de unos 700 metros, que comienza en el partidero que reparte el agua

procedente de la Acequia Real de Cástaras, hacia el Cortijo de Don Juan y hacia Nieves, discurriendo en suave pendiente desde la cota de los 1.240 metros hasta llegar a la Alberca del Cerro, donde desciende hasta los 1.220. La técnica constructiva de esta alberca es representativa de la arquitectura vernácula empleada tradicionalmente en estos elementos: el lecho de la alberca, así como la mayor parte de sus laterales, son de launa, exceptuando la mitad sur que es de piedra. La apertura y el cierre de la piqueta o salida de agua se realiza mediante un tornillo de hierro en el flanco sureste, único añadido posterior que sustituye a los originales cierres mediante lajas de pizarra.

2.2. El agua como energía: molinos y centrales eléctricas

Si bien la gestión del agua en la Alpujarra posee una clara dedicación agrícola, como bien muestran los elementos vistos hasta ahora, hay que tener claro que no es el único uso que tradicionalmente se le ha dado. El uso del agua como energía motriz es tan antiguo como la creación de las acequias, como demuestra el hecho de que asociados a éstas, desde antiguo hayan existido infraestructuras dedicadas a transformar la energía del agua en energía mecánica, o incluso en energía eléctrica. La ingeniería molinera, a diferencia de lo que ocurre con la agricultura de regadío, tuvo una importante presencia en la cultura romana, como bien ponen de manifiesto historiadores clásicos como Vitrubio o Plinio. Algunos autores reafirman esta cuestión a partir del estudio de las denominaciones de las partes que integran la maquinaria del molino:

“Estudiando el léxico del molino, hemos comprobado que, de las 44 palabras que designan al molino, sus elementos, sus funciones y sus accesorios, 41 son de origen latino y sólo 3 de origen árabe [...] Del predominio absoluto del léxico de origen latino hay que concluir que los musulmanes se limitaron a usar y conservar los molinos romanos, sin apenas transformar sus artes, que han permanecido casi en el mismo estado”. (Rodríguez, 1989: 689)

A pesar de ello, no existe una postura clara al respecto, y no pocos autores siguen reivindicando la importancia del mundo árabe en la expansión del molino:

“Se asume que después de un periodo de obsolescencia que duró varios siglos,

en la Edad Media el molino de agua se generalizó nuevamente en la cuenca mediterránea. Sin embargo es un hecho que todos los autores que han estudiado los orígenes del molino de agua han acentuado la importancia de la conquista árabe en el éxito de su difusión”. (Cara, 1999: 160)

Con independencia de esta cuestión, lo innegable es la importancia que el Molino ha tenido en la transformación de alimentos en la Alpujarra, empleando para ello la energía hidráulica de los cauces naturales o artificiales. En 1572, durante la repoblación de la Alpujarra, llegaron a inventariarse un total de 181 molinos pertenecientes a moriscos y 33 de cristianos viejos (Rodríguez, 1989: 685). En cada barranco y en cada sistema de acequias existen gran cantidad de molinos que hasta la segunda mitad del siglo XX han estado en uso.

Estas infraestructuras aprovechan la energía del agua antes de que ésta sea aplicada a la tierra, devolviéndola después a su cauce, sin ocasionar ningún gasto hídrico. Para ello se sitúan sobre el mismo cauce, de forma que el caudal pasa por el interior del Molino haciendo girar sus piedras de molienda. A grandes rasgos se puede afirmar que existen dos tipos de molinos según su estructura y la forma en que usan la energía. Los molinos de cubo poseen una entrada superior por la que el agua cae hasta los cárcavos, donde se sitúan los rodeznos que giran gracias a la incidencia sobre ellos del agua que desciende por el cubo con gran fuerza. Los molinos de rampa usan un esquema similar pero la llegada del agua a los rodeznos se logra a través de una rampa y no de un salto. Ambas tipologías son frecuentes en la Alpujarra, aunque destacan los molinos de cubo.

El uso del agua por parte de los molinos estaba totalmente regulado, y siempre estaba supeditado a la situación de los riegos. Dependiendo de la ubicación del molino en la red de acequias, éste disponía de agua unos días u otros, siempre de acuerdo con la Dula o la Tanda de riego. También era frecuente que en época de sequía, los molinos sólo pudieran funcionar durante las noches. A nivel social los molinos han sido verdaderos referentes para la comunidad. Dado que todos los vecinos dependían del molino para transformar su grano, en ellos existía de continuo una intensa actividad humana; aunque su función era fundamentalmente productiva, también poseían un dimensión social importante.



Los molinos hidráulicos son una parte sustancial del paisaje alpujarreño. Se trata de construcciones realizadas de forma tradicional, empleando la pizarra, la launa y los rollizos de madera, dando como resultado edificios sencillos pero de una fuerte carga estética. La configuración de los mismos es muy variada; dependiendo del número de paradas, el molino poseía más o menos cárcavos y por tanto era de unas dimensiones u otras. Por lo general poseían una zona de lavado de grano que se situaba a la entrada del molino, después se encontraba la nave de molienda que albergaba las piedras, y también era frecuente una zona de almacén. Normalmente la vivienda del molinero se encontraba en el mismo edificio, en la parte superior.

El Molino Alto del Amezal, en Válor, constituye uno de los mejores ejemplos de molino de cubo que aún se conservan en buen estado en la Alpujarra. Se ubica a 1.149 metros de altitud en la margen derecha del barranco del río Válor. Está construido con mampostería de pizarra, con cubierta de launa. Pertenece a la tipología más sencilla de molinos de una sola parada, con un cubo cilíndrico acostado sobre el talud y un cárcavo de bóveda rebajada en la parte oriental del inmueble. Además existen numerosos ejemplos que, como este, demuestran la importancia que los molinos han tenido en la Alpujarra hasta bien entrado el siglo XX, así como la enorme variedad de tipologías existentes.

Pero además del uso del agua como energía motriz, que han realizado los molinos durante siglos, en los primeros años del siglo XX aparecieron otros ingenios cuya función era transformar la energía del agua para generar electricidad. Las conocidas como “Fábricas de luz” supusieron un gran avance a nivel socioeconómico,

transformando notoriamente las comunidades rurales alpujarreñas. Ubicadas en saltos de agua de cierta relevancia las centrales hidroeléctricas se convirtieron pronto en el icono de la modernidad, modificando en muchos aspectos las formas de vida campesinas.

Existen ejemplos especialmente interesantes en el Barranco del Poqueira, cuyo abrupto desnivel y abundante caudal lo convirtieron en un lugar especialmente adecuado para la implantación de varias centrales. La Central Hidroeléctrica del Poqueira, construida en 1957, posee un alto valor arquitectónico, histórico y etnológico, y tiene la particularidad de que continúa su actividad aún en la actualidad, contribuyendo al suministro del pueblo de Capileira. Desde su implantación en las Cebadillas, desarrolló una cultura de trabajo propia y se convirtió en el modo de subsistencia para el conjunto de familias que conformaban el poblado. Muy cerca de ella y aprovechando el abundante caudal del Poqueira, en 1956 se construyó la Central de Pampaneira, que también continúa en uso.

Si bien la tipología constructiva de estos inmuebles es algo ajena a la arquitectura tradicional alpujarreña, no dejan de ser elementos claves para comprender la historia de la región, que conoció un antes y un después con la llegada de estas fábricas de luz. El impacto social de esta nueva energía fue muy importante, no solo a nivel de comodidades y servicios, si no también a nivel de las culturas del trabajo. Asociado a la creación de la luz se generó un nuevo oficio en el que participaban no pocas familias, y que aún está muy presente en la memoria colectiva de los alpujarreños. El valor etnológico e industrial de estos elementos asociados al agua, radica además en que suponen una nueva forma de aprovechar la energía del agua en la sierra, para conseguir en este caso, otra nueva fuente de energía.



3. Núcleos Urbanos

Junto a la gestión del agua, el asentamiento humano constituye uno de los elementos antrópicos más importantes de Sierra Nevada. Los núcleos urbanos forman parte sustancial del paisaje alpujarreño, destacando tanto por sus características físicas y estéticas, como por su ubicación escalonada en la propia ladera. El patrón de ubicación responde a criterios muy específicos bajo los cuales opera un profundo conocimiento de la sierra por las comunidades locales, así como procesos históricos muy dilatados, que si bien hunden sus raíces en época romana, se aceleran enormemente bajo la ocupación islámica. Estos factores son los que hacen de los núcleos urbanos alpujarreños elementos especialmente interesantes para conocer la lógica de la ocupación del territorio.

3.1. Los núcleos en el paisaje

La ubicación de los pueblos no es una cuestión aleatoria. Por ello su análisis no debe ceñirse a sus características arquitectónicas, sus tramas urbanas o la conjugación entre los ámbitos públicos y privados que tiene lugar en sus calles, si no que además debe prestar atención a cómo se enclavan estos pueblos en las faldas de la sierra y el lugar concreto en el que lo hacen. Este doble análisis es el que permite comprender el valor del asentamiento humano en la Alpujarra como un factor definitorio y singular.

Los primeros datos sobre asentamientos humanos estables en la Alpujarra apuntan a un patrón determinado, por un contexto de luchas de poder y rebeliones de los grupos que comenzaban a asentarse en la región contra el poder central. Según afirma Trillo San José (1989), apoyándose en los datos ofrecidos por al-Hudri, los primeros asentamientos árabes de la Alpujarra tuvieron lugar junto a los Castillos de Juliana y Escarientes, el primero cerca de la Rambla de Cojáyar y el segundo cerca del río Ugíjar. Ambos están relacionados con el primer levantamiento datado en la región en el 788, por árabes yemeníes que buscaban refugio en estas zonas huyendo de los hostigamientos que sufrían por el poder central. Resulta especialmente interesante que estos lugares fortificados tuvieran una ocupación tardorromana, respondiendo a un claro carácter defensivo con

la típica estructura de torre-recinto. Los grupos rebeldes habrían encontrado en estos espacios defensivos abandonados desde hacía siglos, los elementos necesarios para poder establecerse de forma definitiva, en un panorama de continuos enfrentamientos (Cara Barrionuevo, 1992: 66).

Los castillos (hisn o husun en plural) y estructuras defensivas, bien fueran de origen romano o bien de construcción árabe, tienen un interés muy destacado dentro del paisaje alpujarreño, ya que en su momento fueron los referentes territoriales que marcaron la ocupación árabe de la región. El concepto de hisn incorporaba una unidad territorial y poblacional denominada ayza, asociada a un castillo, de lo que resultaba una división de la región en distritos siempre asociados a un referente defensivo, y dentro de los cuales se encontraban varias alquerías, uno o varios cursos de agua y al menos un aljibe (Cressier, 1994: 30). Este modelo administrativo se prolongó desde el siglo VIII hasta el siglo XII, aunque desde finales del siglo X las demarcaciones ayza son sustituidas por iqlim, áreas de superficie mayor que fueron la unidad central de la división andalusí en Coras.

De esta primera época existe un buen número de restos defensivos, dentro de los cuales hay algunos especialmente representativos como el Fuerte de Juviles, buen ejemplo de hisn del siglo VIII, que ya en el siglo XI fue mencionado por el historiador Ibn-Hayyan por su importancia. Actualmente consta de un recinto amurallado sobre un promontorio del núcleo de Tímar. Consta de un total de nueve torres, en diferentes grados de conservación y construidas con mampostería no concertada y tapial, dos de ellas junto a rocas como refuerzo natural; un recinto al noroeste de muros no identificados, posiblemente una alcazaba; y tres aljibes, restos de albercas, pozos y canalizaciones y una oquedad en roca donde presumiblemente podría estar el acceso, así como abundantes elementos defensivos, lo que da una idea de la importancia que tuvo el castillo.

La división administrativa en aqalim tiene lugar entre los siglos X y XIV, tanto bajo el Califato como en los reinos taifas e, incluso, en los imperios norteafricanos (almorávides y almohades). Después será sustituida por la división en Tahas (s. XIV a s.XVI), que se impone bajo poder nazarí. Así la Alpujarra quedó dividida en 13 tahas: Órgiva, Poqueira, Ferreira, Juviles, Ugíjar, Cehel, Sulahyl, Berja, Dalías, Andarax, Lúchar, Marchena y Alboloduy, a las que habría que sumar la denomina-



da de Almexixar (situada en la Sierra de Gádor y que sería la número 14)), que a grandes rasgos vinieron a coincidir con la división previa en ayzas, aunque en este nuevo modelo la importancia de los hisn es mucho menor.

En cualquier caso quedan claras dos cuestiones: por una parte la influencia que el esquema defensivo tardorromano tuvo sobre el asentamiento árabe posterior; y por otra la importancia de las ayzas originales en toda la configuración posterior al siglo X, ya que dichas unidades territoriales se mantuvieron en los posteriores cambios administrativos. Incluso en la actualidad, la dispersión de asentamientos en la Alpujarra sigue manteniendo una estrecha relación con esta primera división, cuestión que queda de manifiesto si se presta atención a los nombres de las ayzas, muchos de los cuales son los nombres de los municipios actuales: Aryuba (Órgiva), Baryis, Subilis (Juviles), Farraira (Ferreira o Ferreirola), Buqayra (Poqueira), Qasturis (Cástaras), Buryil (Bérchules), Yalyanil (Juliana), Gutquth (Golco), Askarayatis (Escariantes), Barya (Berja), Dilaya (Dalías), Andarás (Andarax), Cansayar (Canjáyar), entre otros.

Esta cuestión es vital para comprender el patrón de asentamiento seguido históricamente en la Alpujarra y que ha dado lugar al paisaje actual. Cuestiones como la ubicación de los asentamientos cerca de los cursos de agua, la agrupación de pequeños núcleos agrícolas, etc. son derivados del esquema administrativo de las ayzas, que después fue completado y desarrollado enormemente durante la división en tahas.

El resultado de todo este desarrollo histórico es una serie de pueblos blancos, salpicados por las laderas de Sierra Nevada, que destacan entre el verde de la vegetación, y que se adaptan a los desniveles escalonando sus tramas urbanas, quedando así perfectamente integrados en la topografía serrana. Su crecimiento ha tenido lugar a partir de un hito urbano y simbólico que ha servido como punto de referencia para el desarrollo del pueblo: la mezquita en época andalusí, y la iglesia a partir del siglo XVI. Ambos templos sagrados constituían el epicentro de la vida social de los pueblos de la Alpujarra, y por ello actuaron como el centro de configuración urbana. Esto era especialmente evidente en época árabe cuando la mezquita aljama no solo tenía una función religiosa, sino también política y social, y su poder económico era destacado. Tras la Toma de Granada los Re-

yes Católicos ordenaron construir Iglesias por toda la Alpujarra, dejando que las mezquitas continuaran su actividad de acuerdo a su política inicial de libertad de culto. Sin embargo, tras la expulsión de los moriscos las mezquitas fueron destruidas, y en su lugar se construyeron nuevas iglesias que pasaron a ocupar el espacio central de aquéllas.

Las iglesias mudéjares alpujarreñas, además de servir como configuradoras del ordenamiento urbano, destacan a nivel paisajístico por sus torres, que son verdaderos hitos en el territorio, tal y como pretendían los conquistadores cristianos para hacer visible la hegemonía de su nueva religión. Las blancas torres mudéjares son uno de los elementos del paisaje alpujarreño más identificativos de la región, representativos de la historia local y de la mezcla cultural entre las culturas andalusí y cristiana. La Iglesia de Júbar por ejemplo, está dedicada a la Adopción al Santísimo Cristo de la Columna, y posee partes que datan del s. XII que indican que originariamente fue una mezquita. La actual torre debe ser obra de la segunda mitad del s. XVIII. En 1885 se construyeron los contrafuertes que hay a ambos lados de la portada y un tramo de armadura. Destaca frente a otros monumentos religiosos por la veleta de su torre que lleva no solo un símbolo cristiano (una cruz de hierro) sino también uno judío (la estrella de David). Teniendo en cuenta que también fue una mezquita, la iglesia de Júbar se convierte en un símbolo emblemático que nos marca la fusión y síntesis histórica, religiosa y cultural que tanto caracteriza a la Alpujarra.

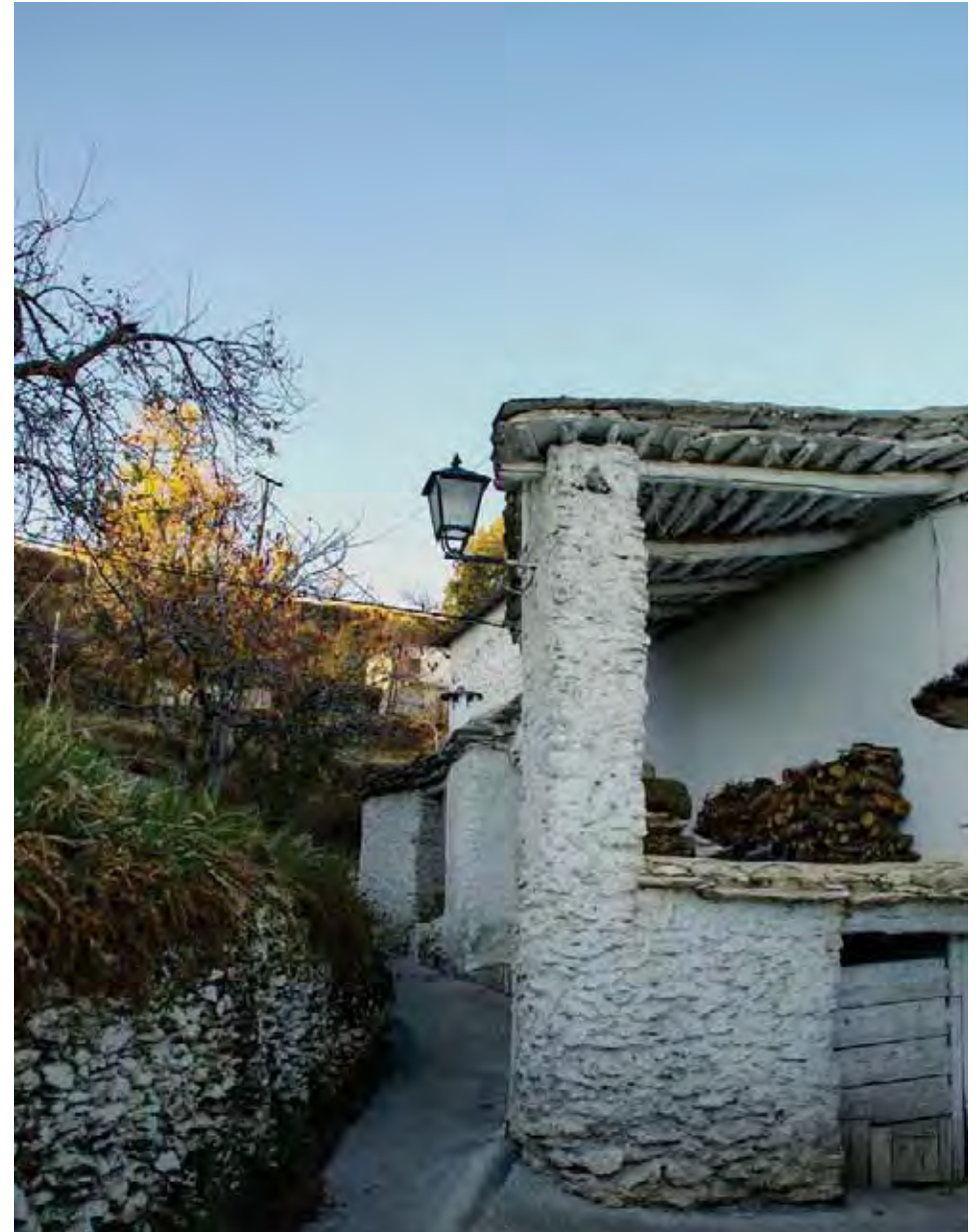
A partir de estos elementos, los pueblos han ido creciendo sin responder a un esquema previo, siendo la propia necesidad de adaptación al terreno la que ha marcado la tendencia del crecimiento. El resultado es pueblos irregulares, laberínticos, y con una secuencia urbana arrítmica, pero de una fuerza plástica enorme. A nivel paisajístico los pueblos alpujarreños se dispersan por la ladera en dos franjas principales, la conocida como Alpujarra Alta que incluye pueblos situados, más o menos, entre los 1100 y los 1500 metros de altitud, como los del Barranco del Poqueira, Pitres, Pórtugos, Trevélez, Mecina Bombarón, Bayárcal.; la Alpujarra Media, con núcleos más bajos, en una franja entre los 850 y los 1100 msnm (Cástaras, Nieves, Tímar, Válor, Nechite, Ohanes); y la Baja que incluye pueblos cercanos a los cauces de los grandes ríos Guadalfeo, Grande de Adra y Andarax, y que pueden bajar hasta los 600 metros (Órgiva, Puerto Juviley, Almegíjar, Notáez,

Cádiar, Yátor, Jorairátar, Ugíjar, Alcolea, Laujar, Canjáyar, etc.).

3.2. Arquitectura del espacio público: calles, plazas y tinaos

El sistema empleado para adaptar los pueblos a lo escarpado de la montaña es el mismo que el usado en la creación de terrazas de cultivo aunque, aplicado a todo un asentamiento urbano, es si cabe aún mucho más complejo y llamativo. Esta forma de adaptación orgánica al paisaje originando el menor impacto ecológico y visual posible constituye un valor en si mismo, tanto desde el punto de vista del territorio, como desde el arquitectónico. Adaptar de esta manera un núcleo urbano a la ladera de la montaña, supone un reto de ingeniería que hace necesario la puesta en práctica de conocimientos y técnicas constructivas y de manejo de suelos y pendientes complejas y diseñadas ex profeso para el ámbito alpujarreño. Núcleos urbanos como Capileira, Pampaneira y Bubión, asentados escalonadamente en la ladera del Barranco del Poqueira, ofrecen una de las imágenes más emblemáticas de la Alpujarra. Otros ubicados en la antigua Taha de Pitres, como Capilerilla, Ferreirola, Atalbéitar o Fondales, son verdaderas joyas urbanas, que gracias a su relativo aislamiento, aún conservan su estructura urbana como hace décadas, sin ningún elemento que pueda alterar la armonía y la esencia alpujarreña.

Para conseguir adaptarse a la topografía serrana, los núcleos urbanos de la Alpujarra poseen elementos urbanísticos singulares, y de gran potencia estética, cuya función es lograr que la trama urbana pueda escalonarse y desarrollarse en ladera. Así por ejemplo, el callejero urbano, complejo y aparentemente caótico, es sin duda uno de estos elementos. Las calles alpujarreñas se caracterizan por ser de poca longitud y anchura, con trazados irregulares y con numerosas conexiones entre ellas que dan lugar a una trama intrincada y laberíntica. Esta es una característica propia del urbanismo árabe, que también se da en otros espacios urbanos medievales como el Albaicín, y que responde a la perfección a las necesidades físicas impuesta por el medio, pues con grandes calles, y trazados ortogonales, sería imposible adaptarse a un medio tan accidentado. El trazado de las calles depende por completo de la configuración previa del terreno, de las curvas de nivel, de la presencia de paratas de cultivo preexistentes, y de otros factores que determinarán el resultado urbano final. Esta sensibilidad y respeto por adaptar el





pueblo a la topografía y no al revés, es lo que convierte a los pueblos alpujarreños en un caso singular.

El laberinto de calles que permite acceder a los distintos niveles urbanos, hace del interior de los pueblos un espacio rico en elementos construidos que aportan gran belleza a la escena pública, como puede apreciarse en la calle de acceso al lavadero de Pampaneira, que consta de una gran escalera, irregular y serpenteante, muy llamativa por estar encajonada entre paredes encaladas, y cuya función es resolver un cambio de cota pronunciado; o la Calleja de Capilerilla, tan estrecha que solo puede pasar una persona.

En el mismo sentido, las plazas y espacios abiertos desempeñan una importante función de cara a la ordenación espacial y a la articulación de sectores urbanos a distintas cotas. No menos importante es el papel de estos espacios como lugares de sociabilidad, donde tiene lugar el desarrollo de la actividad humana cotidiana, y donde se celebran las fiestas patronales y otros eventos comunitarios. Debido a las características abigarradas de la trama urbana alpujarreña, las plazas se convierten en uno de los pocos espacios abiertos en el seno de los pueblos (especialmente llamativo es el caso de Atalbéitar, pueblo cerrado en sí mismo alrededor de la plaza). Desde el punto de vista urbano contribuyen a oxigenar la trama, aportando una secuencia espacial única y específica de los pueblos alpujarreños, con sectores de enredadas calles que se conectan a otros mediante plazas y otros espacios articuladores. Algunos espacios como la Plaza de la Santa Cruz de Ferreirola, o la Plaza de la Iglesia de Bubión ejemplifican muy claramente la doble funcionalidad de las plazas alpujarreñas.

De igual manera existen otros espacios dentro de los núcleos urbanos que les aportan riqueza visual y conceptual. Los huertos urbanos se insertan en la trama construida a modo de pequeños oasis, en los que los vecinos desarrollan una agricultura doméstica para el autoconsumo. Los frutales y las hortalizas son los cultivos predominantes en los huertos, muchos de los cuales tienen una larga tradición en la Alpujarra, de modo que se han convertido en elementos integrantes del paisaje y la escena urbana, como es el caso del almendro, el cerezo o el naranjo. A menudo configurados en terrazas a distintas alturas, los huertos se adaptan al terreno al igual que el medio construido, empleando muros de con-

tención, balates y otros elementos de la arquitectura vernácula para conseguir estabilidad. Estos espacios permiten desarrollar la actividad agrícola en el seno del pueblo, lo que aporta un especial valor estético, ambiental y cultural. Sin duda este hecho pone de manifiesto la relación tan estrecha de las comunidades locales alpujarreñas con el medio natural, que se hace presente incluso dentro de los espacios construidos.

El proceso mediante el cual los huertos llegan a quedar insertos en la trama urbana, tiene lugar por el propio crecimiento de los pueblos. Su transición de pequeñas alquerías rodeadas de bancales de cultivo a los núcleos de población actuales, ha originado que el espacio urbano fagocite parte del entorno agrícola, sustituyéndolo por calles, viviendas, plazas, etc. En muchos casos pequeñas parcelas quedan completamente rodeadas, como una isla dentro del ámbito urbano (García, 2006:18). Algunos elementos como los huertos de la Calle Lavadero de Bubián, son buen ejemplo de cómo los huertos pueden integrarse dentro de la escena urbana gracias al uso de elementos tan sencillos como la piedra, la cal y la launa, creando imágenes de un gran interés etnológico y estético. También el huerto de la Calle Iglesia en Alcútar, que posee diferentes terrazas de cultivo, y cuenta además con una alberca propia para el riego de las plantas. O los de los núcleos de tipo abierto, como Fondales, Ferrerirola, Nechite...

Además existen otros elementos urbanos de gran interés, como los muros construidos con técnica de piedra seca. Estos recursos urbanos permiten llevar a cabo un aterrazamiento o escalonamiento del núcleo urbano, reforzando los taludes que ello genera. La potencia estética de estos muros es aún mayor cuando se encuentran encalados, o rodeados de vegetación. Se trata de elementos que sirven a modo de “comodín”, muy versátiles a la hora de solucionar problemas de desniveles, para la sujeción del terreno, o incluso para embellecer espacios que debido al aterrazamiento podrían quedar descubiertos y poco estéticos. De esta manera, un elemento tan sencillo como un muro realizado con piedra del lugar sin ningún tipo de argamasa, cuyo sentido es esencialmente funcional, se convierte en un valor patrimonial y estético añadido, que aporta gran singularidad a los pueblos de la Alpujarra. Buen ejemplo de ello es el muro situado en la Calle la Peseta de Pampaneira, de unas dimensiones espectaculares que lo convierten en un referente urbano del pueblo. O los muros que resuelven la conexión entre





las Calles Real y Cantera en Alcútar, que discurren a cotas diferentes y mediante el juego de muros y rampas consiguen convertir un inconveniente urbano en un recurso de gran valor.

Finalmente merecen especial atención los tinaos, uno de los elementos urbanos más definitorios del núcleo alpujarreño. La palabra tinao es la forma en que los alpujarreños llaman a los porches o tinados, que son en verdad espacios de transición, que conectan el ámbito privado y el público. Son lugares cuya función original estaba orientada a facilitar las labores asociadas con el trabajo agrícola (cargar las bestias, guardar los aperos, limpiar cosecha, etc.) constituyendo el punto de conexión entre la vivienda y el campo. Además la parte superior de los tinaos era empleada para secar alimentos o la vestimenta. Son una especie de plataforma que prolonga el tejado de la vivienda, generando un espacio techado justo delante de ella; a menudo el tinao cubre completamente una calle, desde una fachada hasta la otra, creando una especie de túnel de gran potencia estética y urbana; otros incluso poseen habitaciones de viviendas en su parte superior, a modo de engalaberno, creando escenas urbanas originales y poco frecuentes. Su versatilidad lo convierte en un elemento urbano capaz de resolver numerosos problemas como cambios de alturas o conexión entre calles, al tiempo que proporciona unas posibilidades enormes al desarrollo urbano y doméstico (García, 2006).

Para su construcción se emplean rollizos de madera, lajas de pizarra y launa, y por lo general quedan encalados como la mayor parte del núcleo urbano. El resultado es un espacio resguardado de la lluvia y del sol, que permite realizar labores en su interior que no podrían ser realizadas dentro de las viviendas, ni tampoco al aire libre. Por ello el tinao se considera una especie de ámbito mixto, a caballo entre la vivienda y la calle. Sin embargo, los tinaos además son espacios de sociabilidad de mucho arraigo en la Alpujarra. En las calurosas tardes de verano ofrecen a los vecinos rincones frescos al amparo del sol, donde pueden reunirse para charlar y compartir experiencias cotidianas. La cantidad de tinaos existentes en la Alpujarra es ingente, lo que da buena muestra de que forman parte sustancial de la arquitectura vernácula alpujarreña.

